

## **No vayas a “ese” laberinto**

Hay personas que se sienten incómodas cuando están dentro de un laberinto; algunas ni siquiera entran porque temen no encontrar la salida. En el pasado, no entendía de dónde venía este miedo; ahora, lo comprendo. Tal vez, parezca inofensivo; pero, si no tenés cuidado, podés terminar en el peor lugar de todos. No lo digo porque sí, sino por experiencia.

Hace un par de años, era muy fan de los laberintos, deseaba entrar en todos. Ahora, me arrepiento de creer que lograría encontrar la salida de “ese” laberinto. Nadie lo logra, nadie lo resuelve, todos se pierden en él. Algunos no saben cómo volver; tampoco es que puedan.

Estoy firmemente seguro de que se mueven. Por las noches, se escuchan ruidos que me confirman que los muros no permanecen en su lugar. Si no tenés cuidado, mañana podés no estar.

La primera noche que pasé en el laberinto, estaba acompañado. Un amigo fue conmigo. A la mañana siguiente, en el lugar donde durmió, había un muro grueso y duro. Después de ese suceso, aprendí dónde dormir y por cuánto tiempo. No quería desaparecer igual que él.

Intentaba creer que él simplemente estaba perdido, que nada le había pasado; sin embargo, mis esperanzas iban desapareciendo a medida que pasaban las horas. ¿Cuánto tiempo llevaba en ese laberinto? No lo sabía. Durante las noches se podían encontrar pequeñas bolsas con comida y algunas botellas con agua. Realmente no sabía quién o qué las dejaba, simplemente las tomaba.

A la quinta noche, las cosas empezaron a ser cada vez más raras. No sabía si por el miedo o por el hecho de estar solo, empezaba a alucinar; pero ahora los ruidos ya no provenían del movimiento de las paredes. Había alguien que me observaba sin quitarme la mirada de encima, y yo no sabía de quién se trataba ni de dónde provenía la intensa mirada.

Se me dificultaba más conciliar el sueño, por lo que me limitaba a divagar por los pasillos, creyendo que así lograría distraerme. Al comienzo, todo permanecía igual, hasta que en un momento escuché entre susurros mi nombre. “Tadeo...”, una vez. “Tadeo...”, por segunda vez. “¡Teo!”, la tercera

vez sonó con más fuerza y me hizo estremecer. “¡TA-DE-O!”, la cuarta fue la gota que derramó el vaso. Sentí la voz muy cerca de mí y comencé a correr, sin importarme el hecho de que las paredes se movieran. Quería salir.

Me perdí aún más. Corrí por un largo rato, pero frené en seco al observar que frente de mí estaba la cabeza de mi amigo y, como debajo de un muro, se encontraba el resto de su cuerpo. “Erick...”, sólo pude balbucear su nombre. En ese instante, sentí por todo mi cuerpo una corriente de viento y cómo algo me sujetaba de los hombros. “Teo..., podés salir”.

Cuando levanté la vista, comprobé que estaba en la salida; aunque, cuando quise escapar, sentí un fuerte peso sobre mí. Ahora, con Erick intentamos guiar a los demás.

Estudiantes participantes: María Sol Olmedo, Ely Naya, Jazmín Alessandrini, Lucía Suárez y Cecilia Ficocelli.

Escuela: Colegio Luterano Concordia.

Nivel educativo: Medio.

Año y turno: 6to año, turno mañana.

Localidad: Córdoba Capital.